

**EL GESTO URGENTE
CRÓNICAS DE MEMORIAS Y RESISTENCIAS EN LOS PUEBLOS DEL
CONTINENTE**

Entrevista a Paula Mónaco Felipe¹

**THE URGENT GESTURE
CHRONICLES OF MEMORIES AND RESISTANCE IN THE PEOPLES OF THE
CONTINENT**

Interview with Paula Mónaco Felipe

Cuando le escribimos a Paula para proponerle la entrevista, se encontraba documentando el hallazgo de fosas comunes, acompañando a madres de personas desaparecidas: “estoy en algo tremendo y tristemente ya cotidiano aquí” (Mónaco Felipe, comunicación personal, mayo 2021).

Escribir sobre lo que no cesa de no escribirse. Tal insistencia, entre el deseo de memoria y de justicia, ha sido también parte del tejido de este diálogo, que por momentos asume la forma del testimonio, montaje de imágenes que se contornean sobre temporalidades fulgurantes y nos interpelan. Un llamado, una convocatoria a gestos urgentes.

Desde Córdoba y Buenos Aires, fuimos recibidas por Paula en su casa, en el Distrito Federal, México, a través de una plataforma de videollamada, esas que se nos han impuesto en este tiempo dislocado como lugares de encuentro.

Paula Mónaco Felipe es periodista, militante de H.I.J.O.S desde su fundación, en el otoño de 1995. Es mamá de Camilo, hija de Ester Felipe y Luis Mónaco, secuestrados desaparecidos por los desaparecedores, durante el terror de Estado, el 11 de enero de 1978, en Villa María. Ester era psicóloga, Luis periodista, ambos militaban en el Ejército Revolucionario del Pueblo.

Paula también es escritora, productora e investigadora. Publica en medios como The New York Times, Gatopardo, La Jornada. Fue corresponsal de teleSUR y El Telégrafo. Es fundadora y editora de Bocado.lat. Escribió el libro *Ayotzinapa, horas eternas* (2017 [2015]) y es co-autora de *Let's talk about your wall* (2020) y *Palabras como golpes, como balas* (2019). En cine, investigó para VIVOS (2019) dirigida por Ai Wei Wei (junto a Daniela Rea y John Gibler), *Los días de Ayotzinapa* (Netflix, 2019) y *Blood in the*

wall (National Geographic/Junger Quested, 2020). También en *Después de la guerra* (teleSUR/Muzungu, 2019) y produce ficción para la directora Andrea Bussmann.

Desde 2004, reside en México.

En su página web (<https://paulamonacofelipe.com/>), donde comparte notas, investigaciones y producciones Paula se presenta de este modo, vislumbrando parte de su lugar de enunciación:

Disfruto haciendo la nota diaria como trabajando un reportaje de largo aliento. Me gusta trabajar en breaking news pero también en historias chiquitas. Me interesan las personas, sus vidas, sus universos y batallas. Escribo en periódicos, revistas y libros. Hasta en textos de opinión me atrevo, pero tengo un único límite: no puedo contar algo si no estuve ahí; necesito ver, oler y escuchar. (Mónaco Felipe, recuperado en mayo de 2021)

Este decir sobre sí misma nos convocó a preguntarle por las huellas con las que, en la filigrana de su experiencia, ha ido trazando los hilos de su saber hacer con lo real, una posición singular, ética y política que insiste frente a lo que no cesa. Desplazamientos forzados, fosas comunes, desapariciones forzadas de personas en México, Colombia, Guatemala, la guerra en Irak, la catástrofe en Indonesia, el horror en la Franja de Gaza.

Natalia Magrín: El registro sensible, los afectos, el cuerpo, la presencia. En tu trabajo como periodista hay lazos, podríamos pensar, de militancia, escritura, escucha, ética, estética y política que hacen al tejido de tu práctica, de tu hacer, de tu lugar de enunciación... ¿cómo se ha ido y se va produciendo ese lugar?

Paula Mónaco Felipe: Hay algo que me ha llamado la atención en Argentina durante años, cuando vuelvo y escucho que se nombra “periodista militante”, “¿es militante o periodista?”, como un estigma. Yo creo y me declaro como periodista militante y no creo que en eso haya ninguna contradicción. Lo que no soy es militante de una única causa, de un dogma, porque ahí ya ni la palabra militante les queda, eso es un “publicista”, eso es un replicador pago en general más del lado de las derechas y del *mainstream* que de la izquierda. Yo me declaro una periodista militante de las causas que me atraviesan porque las he vivido, las que veo y me movilizan. Y si bien trabajé muchos años, por lo menos diez, en medios convencionales como La Jornada, Telesur y el Telégrafo, nunca tuve el miedo o el temor de pasar ese umbral famoso de la objetividad. Lo que guía, lo

que debe sí ser infranqueable, es el rigor, la honestidad y el trabajo, que son tres cosas muy distintas a la objetividad. Yo me asumo absolutamente subjetiva.

A lo mejor una con el tiempo lo que va haciendo es fortaleciendo sus propias lecturas, nutriéndolas y atreviéndose a plantear posturas más radicales o más arriesgadas como lecturas de la realidad. A lo mejor las primeras búsquedas de fosas clandestinas que yo narré, las narré de una manera y hoy veo otras cosas. Eso es la posición y el estilo de cada una. Yo soy esta y escribo desde acá.

Sobre las huellas, por ejemplo, entré a H.I.J.O.S de chiquita, antes de eso la palabra identidad no existía en mi vocabulario, no era algo que para mí significara más que la parte de un nombre que refería a un documento. Y durante muchos años fui dándole vueltas y construyéndola colectivamente, y creo que eso, además de la experiencia concreta de lo hecho y compartido, a todos nos hizo pararnos en la vida desde un lugar particular: “bueno esta soy, esto soy y desde acá hago”, que es también un asumir honesto: la desaparición forzada es un tema para mí fundamental.

En México ha ido creciendo ese tema, lo he ido documentando y he ido acompañando en cada una de esas situaciones. A partir de Ayotzinapa² en mi escritura lo hice explícito. Empiezo el libro diciendo “soy esta y parto desde acá”. En todos estos años, recién ahora les digo a las personas que entrevisto que hablo con ellas y que tal vez ya compartí muchas cosas, que también soy hija de desaparecidos, la mayoría de las veces no lo he dicho. No lo comparto. A veces no quiero decirles que soy hija de desaparecidos, porque la siguiente pregunta cuando digo “mi papá y mi mamá están desaparecidos” es: “cuándo” y cuando les digo 44 años las señoras se demuelen, lloran, porque claro, ellas llevan cuatro meses en que la vida se les derrumbó y piensan que no pueden soportar ni un día más de eso, entonces cuando vos le decís 44 años...

Ahora, al ir a entrevistar, no llego como militante de H.I.J.O.S, llego con mi deseo de documentar. Claro, mi forma de documentar es indisociable del acompañar porque mi propia experiencia ha sido así: quienes documentaron lo que nosotros vivíamos en los tiempos de silencio del terror de Estado en Argentina, de alguna forma también nos acompañaron. Lo vivo así y eso da lugar a relaciones que después crecen y generan vínculos hermosos y maravillosos, y al mismo tiempo situaciones conflictivas y difíciles para conmigo misma y con mis colegas.

Por ejemplo, hace dos años estaba yo cubriendo el primer éxodo migrante hacia EE. UU, la caravana migrante. Estábamos llegando a un lugar que se llama Mexicali, que está como a hora y media de Tijuana. Entre Mexicali y Tijuana está el desierto y un valle

con un clima muy intenso, de vientos, con condiciones muy difíciles, que se llama La Rumorosa. Estaba allí como asistente de producción de un documental, me tocaba manejar el auto. Como el camarógrafo iba en un camión con la gente, subo a un fotógrafo *freelance* que es amigo y no tenía vehículo. Mientras avanzábamos, veo que una de las familias estaba sin auto. Nadie los llevaba, era una familia con varios niños y yo sabía que eran como 150 km de desierto, que en dos horas se iba a hacer de noche, entonces paro y les digo que los llevo. Mi compañero me miró raro porque dentro de las leyes mexicanas me pueden acusar de tráfico de personas, aunque te lleve un pedacito, porque son migrantes indocumentados. Los llevamos hasta un lugar y como tenía dos horas más, me volví otros 50 km y llevé a la otra mitad de la familia hasta donde se quedaban. Sigo y de repente veo a un chico en silla de ruedas y a otro que lo llevaba y dije: “¿cómo van a hacer para llegar a Tijuana? Los llevo, si voy para allá”. El que estaba en silla de ruedas era salvadoreño, el que lo llevaba hondureño, no se conocían, se habían hecho amigos y lo venía llevando por las rutas, pero además venían cargando las bolsas de otros. Cuando llegamos, mis compañeros estaban muy sacados de onda, diciéndome “no podés llevar gente”, que era de noche, que el peligro.

Siento que ahí hay situaciones complicadas porque son dilemas importantes. Y entiendo el dilema, soy periodista y estoy documentado, pero a mí, Paula, no me va estar viendo un hombre en silla de ruedas y otro empujándolo en el medio de la montaña y no llevarlos.

María Laura Villa: Retomando lo que decías sobre el registro, la denuncia, quienes pudieron ir haciendo esa tarea durante el terrorismo de Estado, también como modo de acompañar a las familias, ¿eso también puede ser pensando como parte de un legado, como parte de una experiencia subjetiva, histórica y política que hace que el registro del otro sea distinto?

PMF: Sí, pero creo que el legado no es del movimiento de organizaciones de familiares; el legado es de ese pedacito de la sociedad que fue solidario pese a todo, de periodistas que venían, escuchaban, documentaban. Uno aprendió de ellos. Siento que tiene que ver con mi ser, con mi experiencia, con las ausencias con las que crecí, con la militancia de mi familia y luego la mía, tener claro que la indiferencia es una postura, que el no involucrarse es también una posición, una elección de “sálvese quien pueda”. Hay posiciones determinadas por experiencias. Y la mía viene de mi experiencia como hija de

desaparecidos, de mi experiencia como militante de H.I.J.O.S y de mi experiencia como niña que creció en una ciudad, que vivió el respaldo de algunos y la indiferencia de otros en un tiempo.

NM: Sobre el registro, la documentación, las memorias de los desplazamientos forzados. El encuentro con esas historias de vida que abren a otros sentidos, quiénes están detrás de ese significante o de ese adjetivo que devino un nombre: desplazados, indocumentados.

PMF: El tema de la migración centroamericana que pasa por México o que viene a México me angustia un montón, porque en general hay un tratamiento por parte de la sociedad y de los medios, a veces a viva voz y a veces a escondidas, muy estigmatizante, xenofóbico, de construcción de un enemigo. Eso hace que, en el mejor de los casos, la gente sea indiferente al migrante cuando pasa, en muchos otros los acusan, los señalan, desconfían de ellos, los responsabilizan de todo, los criminalizan. La verdad es que una nunca tiene mucho tiempo de saber cuáles son esas historias. Es terrible, pero son unos minutos, porque tienen miedo, porque están cansados; a mí me angustia el no poder decir “me siento, tomemos un café, te invito a comer, contame de tu vida si quieres”, porque es una avalancha constante de gente y más en esas caravanas. Me angustia no poder documentar quiénes son ellos y qué hay en sus vidas para tener que huir así, porque no es una aventura la que están viviendo, están huyendo de condiciones tan difíciles como para animarse a arriesgarlo todo en el camino. Porque en ese camino las cosas, que ellos mismos saben, que pasan son de una brutalidad enorme. Migrar por tierra, por los territorios donde te cobran hasta para respirar, donde te amenazan, te violan, te secuestran, te descuartizan. Tengo angustia de no poder hacer mucho, de no poder contar sus historias y al mismo tiempo una admiración tremenda porque de verdad es de una valentía enorme. La comunidad debería estar cobijándolos, acompañándolos, se atreven a hacer lo que muchos no. Es cortar con los círculos de violencia, cortar con las realidades que los aprisionan. Imagínense salir con lo puesto y una mochila a la nada, sin saber qué vas a lograr. Mi militancia con los temas migratorios se liga a tratar de mostrar las historias de las personas como forma de contribuir a deconstruir los prejuicios infundados que hay en torno a ellos.

MLV: Pienso en la tarea del periodista, en la importancia de la denuncia y dejar documentado. Si hay para vos una resignificación en el rol del periodismo, en esa tarea de denuncia pensada en una niña que creció en una Argentina donde la prensa era cómplice o era censurada.

PMF: Sí, creo que tiene que ver, pero el concepto de documentar que me persigue y me taladra y lo tengo presente todo el tiempo, es diferente al concepto de denuncia. Ahora en México, desde hace un tiempo, en el periodismo está como muy fuerte y considerado importante el tema de los datos en torno a la transparencia o la denuncia de tal o cual escándalo de corrupción. Ese no es el mundo del periodismo que yo elijo. No digo que esté mal, me parece muy bien y muy necesario, pero tampoco creo que eso esté por encima de lo que se conoce como un periodismo más narrativo, activista o militante. Parto de asumir que mi trabajo se inserta en la construcción de un relato siempre. Es un granito mínimo pero que forma parte de un debate histórico.

Siento que documentar tiene dos formas, una que tiene lugar cuando las cosas están ocurriendo: estás ahí, donde desaparecieron a los 43, y los primeros seis meses toda la prensa está ahí. Otra es entender por documentar el seguir siete años después documentado eso. A mí el concepto de documentar me representa más porque siento que contempla ese largo aliento en los temas, el no abandonarlos cuando ya no son nota o de hecho discutir el concepto de qué es nota y qué no. Qué pasa cuando te dicen “no, eso ya es viejo, ya publicamos mucho”. Me pasó en los últimos tiempos en una revista, que la directora me decía “de violencia ya no, ya está”, y estamos hablando del año 2014, cuando ocurre lo de Ayotzinapa. Esa es la parte militante, esas son mis banderas: mierda que ya pasó, esto no pasó. Esto sigue y hasta hoy sigo yendo. Hace quince días estaba con una compañera en busca de fosas, porque sigo creyendo que la documentación también es de largo aliento y que implica un recorte, no puedo cubrir todo lo que pasa, pero las sigo cubriendo mientras sigan ocurriendo. Sobre todo, mientras no exista justicia. Eso también tiene que ver con mi propia historia porque en definitiva pasaron diez, veinte, treinta años y nosotros seguíamos insistiendo sobre lo mismo. Nos dijeron que estábamos locos, que ya había pasado, que éramos unos resentidos.

MLV: Traigo algo que me vino a la memoria, una imagen que tengo muy clara de cuando viniste al congreso de los veinte años de H.I.J.O.S y recientemente habían sido desaparecidos y asesinados los estudiantes de Ayotzinapa. Es tu imagen contando la

situación, poniéndonos en contexto, y un momento crucial donde nos emocionamos. La experiencia de Ayotzinapa volvía a traer tu propia historia y la de muchos. Cómo ese documentar asume sentido también en relación con la historia de lucha en Argentina y de tu propia historia.

PMF: Completamente, por ejemplo, el momento en que decidimos hacer la biografía de cada desaparecido y asesinado, junto con Valentina una compañera de H.I.J.O.S México. Había como un nivel de obsesión en mí por los detalles, la gente me miraba diciendo “pero qué importa qué comida le gusta, qué importa si su película favorita o la música”. Las biografías las construí pensando en los ocho hijos de los estudiantes de *Ayotzi*, en los que eran bebés al momento de la desaparición o muerte de sus papás. En construir algo que dentro de ocho o diez de años les ahorre, en parte, el camino que nosotros hemos tenido que hacer ante las ausencias. Eso que hemos intentado en H.I.J.O.S, el darse cuenta de que cuanto más pasa el tiempo más complicado es reconstruir esas vidas. Era una pelea contra el tiempo y una obsesión por los detalles y por particularidades que a otros les parecían estupideces.

Pero también hay una cosa en relación a lo que recordabas de ese Congreso, y es que trabajo estos temas porque no puedo trabajar otros. Hay algo ahí, como una paradoja, porque me hace mucho daño, envejezco, tengo problemas estomacales, canas, arrugas, no duermo, no descanso, paso de una depresión a otra cosa. No lo hago porque lo disfrute, pero tampoco no puedo no hacerlo. Ha habido momentos en mi vida en que lo intenté. En el diario para el que trabajaba, me fui a la sección deportes y gastronomía después de cubrir el tsunami en Indonesia, la operación en Gaza durante el 2004, 2005 y 2006 y la guerra en Irak, porque trabajaba en internacionales. Me dije “no puedo más, con estas tristezas no puedo más. No puedo más de contar muertos”, y me fui a gastronomía y deporte. Y ahí me tenías, dos años después, haciendo la historia de la boxeadora madre soltera, sus dolores, no sé, es algo que llevo. No puedo ser indiferente y así lo hago, así la vida.

Justo estamos editando un reportaje que hicimos en Colombia, otra situación dramática en la que nos fuimos a meter como si no tuviéramos mucho ya acá en México, con la angustia constante de que la desaparición vuelve a ocurrir. Sentir que fracasó todo lo que hicimos, que vuelve a ocurrir no una, sino 86 mil veces por lo menos en catorce años, porque llevamos 86 mil desaparecidos. Esa es la puñalada que te clava todos los

días. Y no conforme con eso, nos vamos a contar la historia del fracaso de la paz en Colombia hace dos meses.

Uno de los señores que conocí ahí, uno de los entrevistados, es indígena naza del Cauca –que es donde ahora los están matando, son los que estaban en Cali tomando la calle y se acaban de regresar a su territorio–, me dijo una frase que me parece fabulosa: “bueno la vida hay que gastarla en algo”. Y creo que ahí está la sabiduría, cada quién elige en qué la gasta, cuando puede elegir. Yo elijo contar estos temas que sí, me taladran la cabeza, me destruyen el cuerpo, me agobian, pero no puedo hacer otra cosa. Lo he intentado y no me sale. Me puedo evadir y escapar un tiempo, pero no siempre.

Cuando fue lo de Tijuana, estuve un mes catatónica tirada en la cama y dije “bueno, qué voy a hacer”. De los dos compañeros con lo que estaba ese día, uno se fue a vivir a España con la familia y el otro dejó de trabajar estos temas. Yo también pensé “bueno, ya estuve al límite, me secuestraron, me dedico a otra cosa”, pero no puedo hacer otra cosa.

NM: Sobre esa situación límite que vivieron en Tijuana, escribiste una nota en The New York Times donde decís “creo que, sin dejar de exigir garantías a empresas y gobiernos, también podemos buscar la respuesta en nosotros mismos. Investigar y publicar sobre nuestros asesinados y desaparecidos; seguir nombrando a quienes faltan; poner palabras a las amenazas; acompañarnos y no callar. Seguir organizándonos para salir de la frustración, el miedo y la culpa: porque no buscamos la muerte, hacemos nuestro trabajo”³.

PMF: Nunca había pensado qué haría si me ocurría algo así. Éramos tres, me dediqué a ser como la interlocutora y tratar de manejar la situación, reaccioné con una lucidez y una concentración durante toda esa noche que no me pensaba capaz. Pero, además, algo que ahora puedo pensar con cierta gracia, en esa situación en la que me doy cuenta que estaba secuestrada, con unos tipos armados, delirantes, que son policías claramente, aunque no tenían uniformes, pensé: “no me puede estar pasando lo mismo que a mi papá y a mi mamá”, y cómo que me emperré: “acá no me voy a morir, de acá salimos”. Como cierto enojo: “esto no puede ser tan pinche mala suerte; ridículo que dos generaciones seguidas vivan esto” y me emperré mentalmente. Ahora, cuando salimos de ahí, estuve tirada, en *shock*, hecha una piltrafa. Decidí que me iba a tomar el tiempo necesario para pensar qué quería hacer de mi vida y luego me dije: “quiero hacer lo que

sé hacer, lo que me sale hacer”, y hoy lo completo: “quiero gastar mi vida en esto”. No quiero regalar mi vida, más vale, me cuido más, trato de medir los riesgos, pero también tengo, y ahí viene la herencia de quien uno es, la certeza de que la seguridad no existe. La seguridad es una mezcla de situaciones y circunstancias, algunas las puedo controlar, estoy tratando de controlarlas más, pero sé que no siempre depende mí.

NM: Me quedé pensando en esto que decías antes, casi como una política de la insistencia. Creo que podríamos pensar también en cómo vas armando un archivo de la memoria, con la heterogeneidad de formas que puede asumir un archivo. Un trabajo también ligado a la justicia, un acto de justicia por los muertos, por los que ya no están, por los que estamos y los que van a venir.

PMF: Las organizaciones de derechos humanos en general y lo que fuimos definiendo y construyendo en H.I.J.O.S, entre todos, nos fue moldeando nuestra propia vida, porque para mí la memoria es una forma de justicia. Yo me asumo como una agente de memoria. Hay quienes trabajan la memoria desde lo historiográfico, hay quienes la trabajan desde lo visual, desde las organizaciones, desde las instituciones; yo entiendo el periodismo como un hacer memoria. Nosotros hacemos esa memoria desde un tiempo presente, pero el presente es el relato de ese presente que un día será pasado.

En charlas o presentaciones con chicos sobre lo de Ayotzinapa hablo siempre de eso, de la memoria como forma de justicia, que tiene que ver con el mismo concepto de condena social-condena legal que construimos en H.I.J.O.S, al decir: “no nos pueden limitar las barreras de lo posible, construyamos un posible”. No había posibilidades en aquel momento de que los milicos fueran a la cárcel, por las leyes de impunidad, bueno, construyamos una condena social.

No tengo la posibilidad de encontrar al hijo de la señora que está desaparecido, pero lo que puedo hacer es documentar que la señora lo está buscando y que el Estado no.

El concepto de memoria es muy poderoso, no esa memoria estática, sino la memoria de relatos que se construyen y que disputan, porque el mismo día que publico una cosa en un sentido, hay otra gente publicando cosas en otro sentido. Los H.I.J.O.S de Guatemala tienen una consigna divina que dice “la memoria es un territorio en disputa”, y a mí me parece tal cual, es un territorio que estamos peleando, que no se termina nunca.

NM: En torno a las temporalidades, tu escritura en *Ayotzinapa, horas eternas* (2017) es una escritura en tiempo presente. Esa elección en orden al tiempo, ¿está ligada a la presencia de los estudiantes desaparecidos y asesinados?

PMF: La parte de las biografías, el elegir contar las historias de ellos en presente, fue algo que hablamos mucho con Valentina y que definimos como postura ideológica muy clara: si no me consta que están muertos y si el Estado está intentando establecer la noción de que los desaparecidos están muertos, ¿por qué yo le voy a hacer el juego al Estado? Además, estaría faltando a la verdad porque no me consta que estén muertos. Por eso de los desaparecidos hablamos en tiempo presente.

La otra parte, la de la crónica sobre el encuentro de los familiares con el gobierno, el andar de los familiares, de las protestas, está escrito en presente como una estrategia narrativa que tiene que ver con que todo lo que uno cuenta en presente llega de una forma más concreta a un lector o lectora que lo que narramos en pasado, pero también tiene que ver con cómo lo hice. Ese libro lo escribí reportando mientras iba ocurriendo. Ayotzinapa ocurrió la noche del 26 de septiembre de 2014, yo cerré la escritura el 27 de septiembre de 2015 y en diciembre ya lo tenía la editorial, entonces yo lo fui escribiendo en tiempo presente, lo iba cronicando. Además, elegí contar en presente como forma de sacudir, interpelar al lector.

NM: Ese primer encuentro con los familiares en el playón de la escuela, en Ayotzinapa...

PMF: En realidad, yo llegué a Ayotzinapa y con lo primero que me encontré fue, en el medio de una carretera, un grupo de estudiantes encapuchados, que me impresionó por su fuerza, por su organización; muy decididos, muy politizados. Y me interpelaba porque de repente estaba frente a un discurso rebelde, de chicos con guarachas –que son sandalias indígenas–. Rompía con la idea que nos han impuesto en México sobre los indígenas como personas silenciosas, sumisas, sometidas; de repente era una imagen que quebraba todos los prejuicios construidos por los relatos hegemónicos en México. Esa imagen cambiaba la idea de ser indígena en México –a excepción de los Zapatistas que se cuecen aparte–. Y lo primero que hice fue acercarme a cuatro de ellos y preguntarles “¿quiénes son ustedes?”, “¿de dónde vienes?”, “¿qué haces, tu familia?”, “somos normalistas, mi papá es campesino”. Me estaban mostrando todo un mundo de

jóvenes que no conocía, sumamente rebeldes, rebelados, insumisos, en una forma de ser indígenas muy diferente a la que yo había visto, que es la de la mayoría de los indígenas en México, arrinconados a la miseria.

Terminó la manifestación, se fueron a la Escuela. Entre los pocos periodistas que había, algunos se fueron y otros nos seguimos a la Escuela, ahí llegué y me encontré con un lugar que era ya otro universo, porque de repente era como estar en Cuba, era un lugar autónomo, lleno de murales marxistas leninistas que era algo que en México ni se podía nombrar, en una cancha de básquet llena y vacía al mismo tiempo.

Las canchas de básquet –lo sabía porque había estado recorriendo parte de Guerrero, que es uno de los Estado más indígenas, y donde se juega mucho al básquet– son como el centro neurálgico de un pueblo o una comunidad, porque ahí se juntan a jugar, pero también si se anuncia una vacunación o si habla un político, todo ocurre en la cancha de básquet. Y en la Escuela Normal de Ayotzinapa igual, toda la gente sentada al medio de la cancha. Allí estaban los mismos chicos de antes, pero con la cara descubierta y un montón de señores y señoras campesinas, indígenas. Señoras con una cosa que acá se llama mandil, que es como si fuera un delantal, uno que usan para cocinar y limpiar para no ensuciarse la otra ropa, pero que las mujeres del campo de México lo usan desde que se despiertan hasta que se acuestan a dormir porque todo el día están trabajando en su casa o en el campo; no hay un momento del trabajo, todo es trabajo. Estaban las señoras con su mandil, con sus bolsitas con la comida, con el maíz, con lo que traían, señores campesinos en un silencio absoluto y los jóvenes tratando de organizar cosas. Para mí fue un momento muy tremendo. Más con base en la injusticia ancestral que con un prejuicio. Sabía y sé que si hay alguien para quien la Justicia pareciera no existir y que la impunidad es la regla, es para los pueblos indígenas en México, los pueden matar y desaparecer y nunca pasa nada.

Fue de repente ver la historia de la desaparición forzada en tiempo real, empezando, en sus primeras horas, en esas miradas extraviadas de quienes no alcanzan a entender qué está pasando y con la tristeza de sentir que tenían muy pocas posibilidades de interpelar al Estado o a los actores de poder que se llevaron a sus hijos. Fue desolador. Al punto que no hice ni una entrevista, fui incapaz, no podía ir a preguntarle a nadie nada. Me senté al borde de la cancha y llegó uno de los chicos que me dijo: “¿usted es periodista? Yo le quiero contar todo lo que pasó”. Anoté dos o tres cosas de lo que me dijo y con eso mandé una crónica. Lo que siguió fue contar sobre esa gente que yo estaba viendo ahí, contar quiénes eran ellos.

En ese momento, era importante porque había pasado una semana de la noche en que desaparecieron a los chicos, una semana en la cual sembraron muchísima confusión adrede desde el Estado y los medios afines al Estado, primero diciendo que había sido un enfrentamiento, después diciendo que ya habían aparecido los chicos y después que habían encontrado una fosa y que, probablemente, muchos de los que estaban ahí eran los chicos, que un grupo de ellos eran sicarios. Entonces, en ese momento, cuando vi quiénes eran ellos en la carretera y quiénes eran sus padres en la cancha de básquet dije: “lo que tengo que contar es lo que estoy viendo: quiénes son ellos, y ellos claramente no son sicarios”. El papá de un sicario no viene con una bolsita con la masa de maíz o las tortillas pensando en que va a ser un día y porque no tiene dinero para comprar un sándwich.

Fue importante contar esa imagen desoladora en mi experiencia personal, de ver la desaparición desde el minuto uno y de ver que las víctimas eran el pueblo más pisoteado de la sociedad mexicana. Pero también fue un momento revelador conocer quiénes son las familias de los desaparecidos, quiénes son los desaparecidos, de dónde venían, eso fue lo que decidí contar de ahí en adelante. Por eso insisto en que no puedo contar las cosas si no estoy ahí.

Ya había publicado una nota en El Telégrafo, porque cuando vi que el abogado de Ayotzinapa era un abogado de un centro de derechos humanos con quien había estado un año antes en un especial que hice sobre policías comunitarias, policías indígenas en las montañas de Guerrero, le hablé y me dijo: “esto es una situación muy grave, escribí una nota”. Pero no podía seguir contando si no veía con mis propios ojos. Nos fuimos Miguel y yo ese día, y desde ese momento empezamos a ir dos veces por semana, 300 km, irnos a la mañana y volvernos a la noche, encargando a Camilo a una tía, y así varias semanas; después ya no sé cuántas veces fuimos, perdí la cuenta.

NM: Retomando lo que traías de tu trabajo en Colombia, ¿se podría pensar también en la construcción de una cartografía de memorias, de visibilización de las violencias en Latinoamérica a partir de la documentación que emprendiste sobre las desapariciones en México, los desplazamientos forzados desde distintos países, los crímenes, la búsqueda de las fosas comunes en México, Colombia?

PMF: Lo de Colombia tiene que ver con una inquietud de querer ir a ver cómo son las cosas, porque desde hace un tiempo que acá nos refriegan “miren cómo Colombia sí

pudo solucionar lo del narco, miren cómo en Colombia ya no hay violencia”. Se iban a cumplir cinco años de los acuerdos de paz, ahí había una excusa para producir algo. Le pregunté a un amigo colombiano y cuando me empezó a contar todo lo que ocurría dije: “pero entonces hay un discurso internacional que es mentira en torno de Colombia”. Quisimos ir a ver qué es lo que pasa en realidad, tanto en el caso de los ex combatientes que dejaron las armas como en los territorios que antes ellos estaban y ya no están y que ahora quedaron en un fuego cruzado peor que el anterior. Al ir allá nos encontramos con que era una paz ficticia, pero que era mucho peor de lo que parecía, que eso era una olla de presión que en cualquier momento iba a estallar. Nosotros nos fuimos de allá el 9 de abril y un mes después estalló esto. No es que yo sea una iluminada, sino que era una de esas realidades, silencios a voces que la comunidad internacional no quería ver ni está queriendo ver. Solo Naciones Unidas dijo que paren de matarnos ahí donde están matando ahora, pero en los últimos cinco años hay 400 líderes sociales asesinados, 260 ex combatientes asesinados. Colombia se ha transformado en un lugar donde hay una especie de paz mafiosa, donde los ricos no tienen riesgo, porque siguen muriendo los mismos de siempre. Si vas a los territorios te encontrás con que los pueblos indígenas, los campesinos, están igual o peor que antes, desde hace cincuenta años.

Ahora también estamos haciendo otra historia, es el comienzo de un documental sobre un pueblo de la etnia cachiquel, en Guatemala, un pueblo exterminado. Ahí también es brutal, porque es el pasado en tiempo presente, porque nada cambió, porque no hay justicia, porque no hay verdad, porque los muertos están enterrados atrás de un muro y el Estado no tira ese muro; en la tierra están enterrados, detrás de una barda que alguien puso.

Entonces no sé si es un defecto que una tiene o necesidad, pero son los temas que nos nace trabajar.

NM: La desaparición forzada en Latinoamérica y la búsqueda incansable de los familiares que han cumplido y cumplen las funciones que debería cumplir el Estado, búsquedas que se llevan adelante en gran soledad, en algunos casos, o con la solidaridad de algunos sectores de la comunidad. El mecanismo ominoso de la desaparición forzada, que no cesa, en la cantidad de familias que siguen buscando a sus desaparecidos y desaparecidas, países en los que la desaparición es un presente continuo.

PMF: Excepto en Argentina, podríamos decir en todos los demás, porque lo único que hace que la desaparición no sea un presente continuo es la justicia. Y en ese sentido tenemos temas para seguir trabajando al infinito porque solo en Argentina ha habido un proceso de justicia, en ningún otro lado. Es un tema en el que no puedo ser indiferente, necesito ir a documentar, ir a construir memoria como forma de justicia, porque lo es. Porque al llegar a San Juan Comalapa, en Guatemala, el solo hecho de que vayamos con una cámara a registrar su actividad anual es un modo de reconocer que su relato es válido, que no desconfío de lo que dicen. Y somos la única cámara que hay, nadie va. O como ahora en los territorios de Colombia a los que fuimos. En uno de ellos, que es como un mini pueblo que armaron, que al final son como guetos para los ex combatientes, en estos cinco años ha habido solo una televisora alemana. Y a los otros lugares que fuimos no va ni la prensa colombiana. Sigue habiendo estos espacios de silencio, entonces sigue siendo igual de importante y urgente el documentar para construir memoria y hacer justicia en todos los países del continente. En México cada día, otra vez, de nuevo y en otros países, porque que esos desaparecidos siguen faltando y porque no hay ni verdad, ni justicia, ni nada.

MLV: ¿Cómo se inscribe en esta línea que venimos conversando tu testimonio en el Juicio⁴, en Córdoba? La memoria como disputa, el laburo de los organismos peleando el testimonio de los hijos en la justicia. Qué podían aportar los hijos que no habían estado o eran muy pequeños. Si la Justicia son los hechos... entonces, cómo logramos nosotros que se incluyeran los testimonios de los hijos, la importancia de eso, cómo el testimoniar y el acto de justicia logran reparar un poco ese hueco.

PMF: Sí, de hecho, hasta dudaba de declarar porque decía “¿qué voy a declarar?”, y unos días antes, en una reunión con los abogados, les dije: “pero, ¿yo qué voy a decir si no sé nada?”, y me dijeron: “¡justamente eso! Y cómo te ha afectado en tu vida, cómo es vivir lo que viviste”. Estaba muy nerviosa, buscando datos y tratando de construir un relato, porque sentía como un deber heredado de mis abuelos. Me acuerdo de mi abuelo y su relato al infinito, los detalles, el legajo de CONADEP, las denuncias, los ficheros que tenía en mi casa; entonces sentía un deber de cumplir con eso que ellos no habían podido contar en la Justicia. Eso me ponía nerviosa, que pudiese ser un relato comprensible, suficientemente documentado y útil. Pero hasta ahí era mi expectativa en torno a la declaración en el juicio.

Y al momento de declarar, durante la declaratoria misma y después, pude dimensionar qué tan fuerte fue eso en mi vida. Ese momento, como capítulo uno, y la sentencia como cierre de eso. La experiencia de la justicia en sí, yo no tenía ninguna expectativa, y fue realmente un parteaguas en mi vida, fue un volver a creer que muchas cosas se pueden lograr, más allá de mi caso, fue volver a creer que esto que nos repetimos durante décadas porque tenemos convicciones de que lo tenemos que seguir puede transformarse en algo, volver a creer que podemos lograr cosas. Me cambió desde el instante uno: entrar a un espacio físico donde iban a estar los genocidas, iban a estar los jueces e iba estar yo y a quien iban a escuchar era a mí. Al entrar y bajar por esa escalerita y sin haberlo planeado ni pensado, pararme y poder sostenerle la mirada a [Luciano Benjamín] Ménendez me cambió la vida, y eso fue mi primer sentir de justicia. Poder mirar al tipo que durante muchos años tuve pánico de encontrármelo en la calle, que me lo encontré una vez, lo vi tras una ventana y me tiré al piso por miedo a que volteara. Recordé esa experiencia en el mismo momento en que lo pude mirar, la había borrado de mi vida. Vivía con miedo de encontrármelo y ahí me lo pude encontrar y lo pude mirar, eso fue la justicia para mí.

Después todo lo demás ya ni sé qué dije. Y vino la sentencia y fue una alegría enorme. Nunca pensé que la Justicia pudiese significar alegría, porque es una palabra tan vacía, tan ninguneada, tan dicha, ya no te acordás qué significa. Pude sentir una alegría de todos. Y me di cuenta qué tanto había cambiado también el juicio en mi vida el día que Menéndez se murió, porque la noticia “Murió Menéndez” generó en mí pensamientos y sentimientos que no habría elaborado de otra forma, no me importaba que se muriera, lo que me importaba es que se murió condenado⁵. No solo por mi papá o mi mamá, por todos. Que era diferente a esa frustración de cuando te avisaban que se murió un milico y no pudimos meterlo preso... no por una venganza personal, sino porque el bien triunfe sobre el mal, aunque sea una vez.

Siento que desde que la Justicia es una posibilidad también cambió mi forma de trabajar como periodista, más obsesivamente en la documentación y tratar de sostener y acompañar a los familiares a que sigan, que en algún momento algo bueno tiene que ocurrir, en que vale la pena, en que hay seguir adelante; y en mi propia vida a vivir la vida con un velo menos de opacidad y un poco más de felicidad.

MLV: Sobre los procesos en Latinoamérica, cuando hablamos de justicia y el avance que tiene Argentina en eso también sabemos que la base, más allá de la voluntad política y

del trabajo que hizo la Justicia, vino de la mano de los organismos. Desde el papelito que se pasaban en la plaza a lograr tener casi los expedientes para que la Justicia investigue. En esa línea veo también ese trabajo tuyo.

PMF: Es como una obsesión. Los huecos de información que yo toda mi vida tendré voy tratando de que sean menores en la medida en que estoy involucrada en algo. Cualquier cosa que estoy reportando trato de hacerlo con detalles, pensando que ese documentar detalles pueda servir en un futuro... Sí, viene absolutamente de mi propia historia. Como en la elección editorial en el libro de Ayotzinapa, lo de nombrar los desaparecidos en presente, de hacer la crónica en presente, pero también de no entrevistar a ningún funcionario, de no incluir a ninguna autoridad, porque yo apuesto a construir el relato de los otros. No lo desconozco, leo, trato de entender la jugada política de cada cosa, pero yo no me dedico, ni quiero, ni me gusta, ni siento que sea mi lugar documentar las voces oficiales. Lo he tenido que hacer a veces cuando trabajé en medios, como trabajadora de planta, cubriendo la nota diaria, pero desde ahí hasta ahora las cosas que yo hago son las voces del otro lado. Recabar testimonios de víctimas, de sobrevivientes, de afectados, de ciudadanos de a pie, no las voces de la autoridad.

Creo que son fundamentales los testimonios de víctimas, sobrevivientes y familiares. Y fíjense que ahí no es tan idílico como uno pensaría. No sé cómo habrá sido en los 70 y 80 en Argentina porque no recuerdo tanto, o tal vez mi referente es mi abuelo que era alguien que valoraba, leía y hasta cierto punto le hacía bien la instancia de dar testimonio a periodistas, no sé cómo habrá sido con los demás; pero en el presente en el que yo vivo y trato de documentar, la gente no es que está ávida de darte el testimonio, no es que disfruta, es una labor de convencimiento para tratar de transmitir –lo que creo, quizás esté equivocada– por qué es importante que ellos hablen, digan, cuenten.

MLV: ¿Cuál es la situación jurídica actual sobre los crímenes de Ayotzinapa?

PMF: Tenemos un gobierno que tiene la decisión política de enfrentarlo como un crimen de Estado y de poner las herramientas del Estado para que se investigue y se sancione. Pero no sabemos si es que no lo sabía o no lo vio, que ese poder político se topa con el poder judicial que lo frenó todo. Se creó una Comisión integrada por familiares de desaparecidos, el Estado y peritos independientes y de confianza, que investiga el tema. Lograron que se giraran órdenes de aprehensión a algunos agentes del Estado

responsables no de los delitos sino del encubrimiento posterior. Acá estamos frente a un crimen doble, lo que pasó en Iguala y la construcción de una mentira en un expediente de 40.000 fojas con el que se encubrió a mucha gente.

Frente a esas órdenes de aprehensión el poder judicial tardó lo suficiente como para avisarles que se fugaran del país. Eso no solo imposibilita tener la justicia hacia autores materiales e ideológicos, sino tener la localización de los chicos. Había mucha esperanza puesta en este gobierno, que gana en parte por la criminalidad y el mal manejo del caso Ayotzinapa del gobierno anterior. Este gobierno gana prometiéndole verdad y justicia para este caso. Y si bien lo ha sostenido el presidente, ha tratado a los familiares como nunca antes y ha dado herramientas para que se avance, lo cierto es que no hay ningún avance sustancial, lo cierto es que nada ha cambiado.

Y además de esa situación, que el presidente se enfoque tanto en el caso de Ayotzinapa como paradigmático ha hecho que desprestigie, no mire y relativice todos los demás, y hay 85.999 familias que dicen “mi desaparecido también importa”, se han sentido muy olvidados, traicionados por el Estado, adrede o por el hecho de no voltear a ver.

MLV: ¿Qué miradas, qué gestos siguen faltando en este presente de luchas?

PMF: Creo que hay realidades muy distintas en cada uno de nuestros países, pero también una base idéntica en la mayoría de los países del continente, que es que hay poblaciones muy grandes que están muy jodidas, que son en general los mismos de siempre, aquellos que cargan dolores y deudas ancestrales, y que son mundos de los que somos parte, que nos tocan a la puerta, pero no los estamos queriendo ver. Que nuestros países han tenido muchos avances en muchos temas, pero hay otros en los que estamos muy jodidos y no podemos seguir haciendo como si no existieran, no podemos resignarnos, acostumbrarnos a eso. Creo que es una parte importante de nuestro presente, mirarnos, mirar lo que nos pasa, que esas cosas nos siguen pasando y han empeorado. Y también ver las formas de resistencia que son como fueguitos, como esperanzas, que parecen chiquitas pero que son importantes, y que tenemos el deber humano de acompañarlas. Que tenemos que acercarnos a esas personas, organizaciones, experiencias, porque de verdad están fundando universos dentro de este horror, que muestran que eso es posible.

El caso de Argentina, que insisto es muy excepcional y muy importante, fundante en el tema Justicia frente a las violaciones a derechos humanos, es como un horizonte esperanzador para otros países, que trato de mostrarlo, de insistir en eso. Pero siento que para Argentina debiera ser un compromiso un poquito más allá; si ya lograste eso, si en tu país siendo gobierno, siendo población u organizaciones, ya eso fue posible, entonces se puede hacer algo por los otros también, mirá esos otros países que están muy jodidos y que podrían y necesitarían tu ayuda.

Acá en México, por ejemplo, el EAAF por su experiencia increíble y única en el mundo es una autoridad muy respetada, todos los familiares quieren que tomen sus casos, es añorado por todos. Los y las respeto mucho, los quiero y las quiero un montón –son sobre todo mujeres–, no solo por su trabajo científico sino porque vinieron y acá están y acá siguen viniendo, y acá siguen sosteniendo.

Creo que nos falta mirar más allá o salir de la comodidad de lo ya logrado en Argentina. Exigir a nuestros gobiernos pronunciarse, acompañar.

Nosotros también, como organizaciones, creo que estamos fallando, ¿por qué no estamos acompañando a los familiares de desaparecidos de México? ¿Por qué no están viniendo a ayudarnos a asesorar? ¿Por qué no están viniendo a acompañar?

Y así como la academia asumió empezar a investigar estos temas en Argentina, sería muy importante que pudiese acompañar un poco más a quienes están transitando ese camino eternamente en otros países, con tanta soledad.

Argentina es un faro, una esperanza. Una cuenta que los ex centros clandestinos son ahora sitios de memoria y que van los chicos de las escuelas, que hay más de mil genocidas presos y acá tenemos el genocida máximo yéndose a vacunar impunemente sin que nadie diga nada.

En este continente lleno de dolores, que está pasándola muy mal, igual o peor que décadas anteriores, hay gente que me renueva las esperanzas por sus batallas cotidianas y sus pequeñas grandes batallas.

Referencias

1. Agradecemos la invitación generosa de Mirta Antonelli a realizar esta entrevista para la Revista.
2. En *Ayotzinapa, horas eternas* (2017) Paula Mónaco Felipe reconstruye y narra la desaparición de 43 estudiantes normalistas, el asesinato de otros 3 y 2 heridos de gravedad, en Iguala, Estado de Guerrero, México, los días 26 y 27 de septiembre de 2014. La primera edición mexicana, en 2015, ha estado a cargo de Ediciones B. En Argentina ha sido editado por Eduvim, en 2017. El libro cuenta con fotografías de Miguel Tovar y la coautoría de Ana Valentina López de Cea en el capítulo Vidas.

3. Mónaco Felipe, P. (11 de febrero de 2019). Corren tiempos oscuros para el periodismo mexicano. *The New York Times*. Disponible en <https://paulamonacofelipe.com/corren-tiempos-oscuros-para-el-periodismo-mexicano/>

4. El Juicio por delitos de lesa humanidad, Megacausa La Perla, que tuvo lugar en el Tribunal Oral N° 1 de Córdoba, comenzó en diciembre de 2012 y finalizó con la sentencia en agosto de 2016. En 354 días de audiencias quedó demostrado el plan sistemático de secuestro, tortura y exterminio ejecutado por el Tercer Cuerpo de Ejército y se juzgaron los delitos cometidos contra 705 víctimas. Se escucharon 581 testimonios, entre ellos el de Paula Mónaco Felipe, por el secuestro y desaparición de su papá y su mamá. El Juicio inició con 58 imputados, 11 murieron sin condena. La sentencia impuso la pena de prisión perpetua a 28 imputados, de dos a veintiún años para otros 10 acusados y 5 fueron absueltos.

5. El 11 de marzo de 2018, Paula publicó en *The New York Times* una nota de opinión sobre “La muerte de un genocida”, puede consultarse en: <https://www.nytimes.com/es/2018/03/11/espanol/opinion/opinion-monaco-argentina-dictadura-menendez.html>.

Fecha de recepción: 26 de mayo de 2021

Fecha de aceptación: 02 de junio de 2021

Licencia



Atribución – No Comercial – Compartir Igual (by-nc-

sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.

